

el paso para ir con ella un rato y esperar a mi madre. Tránsito iba al lado de María, quitándole del faldón las pelusas que había recogido en los pajonales; hablaba poco, y en su porte y rostro se descubría un conjunto tal de modestia, reconocimiento y placer, que es difícil imaginar. Al despedirnos de ellos prometiéndoles ir aquella tarde a la montaña, Tránsito sonrió a María con dulzura fraternal; ésta retuvo entre las suyas la mano que le ofrecía tímidamente su ahijada, diciéndole:

—Me dá mucha pena pensar que vas a hacer todo el camino a pie.

—¿Por qué, señorita?

—¿Señorita?

—Madrina, ¿no?

—Sí, sí.

—Bueno. Nos iremos poco a poco; ¿verdad?— dijo dirigiéndose a los montañeses.

—Sí—respondió Braulio,—y si no te avergüenzas hoy también de apoyarte en mí para subir los repechos, no llegarás tan cansada.

Mi madre, que con Felipe nos dió alcance en aquel momento, instó a José para que al día siguiente llevase la familia a comer con nosotros, y él quedó comprometido a empeñarse para que así fuese.

La conversación se hizo general durante el regreso, lo que María y yo procuramos para que se distrajese mi madre, la cual se quejaba de cansancio, como siempre que iba a caballo. Solamente al acercarnos a la casa, me dijo María en voz que sólo yo podía oír:

—¿Vas a decir hoy eso a papá?

—Sí.

—No se lo digas hoy.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Cuándo quieres que se lo diga?

—Si pasados estos ocho días, no te habla del viaje, busca ocasión para decírselo. ¿Y sabes cuándo será la mejor? Un día, después que hayáis tra-

bajado mucho juntos; se le conoce entonces que está muy agradecido por lo que le ayudas.

—Pero mientras tanto no podré soportar la impaciencia en que me tendrá el no saber si acepta.

—¿Y si él no conviene?

—¿Lo temes?

—Sí.

—¿Y qué haremos entonces?

—Tú obedecerle.

—¿Y tú?

—¡Ay! ¡quién sabe!

—Debo creer que aceptará, María.

—Así será, porque si me engañara, ese engaño me haría un mal muy grande. Hazlo todo como te lo digo, y saldrá todo bien.

XXXVI

Habíamos llegado. Extrañé ver cerradas las ventanas del aposento de mi madre. La había apeado a ella y estaba bajando a María a tiempo que Eloísa salió a recibirnos, haciendo señas de que no hiciésemos ruido.

—Papá—dijo,—se ha vuelto a acostar, porque está enfermo.

Solamente María y yo podíamos suponer la causa, y nuestras miradas se encontraron para decírsela. Ella y mi madre entraron al instante a ver a mi padre: yo las seguí. Como él conoció que nos habíamos alarmado, nos dijo con voz balbuciente por el acceso del frío:

—No es nada; tal vez me levanté sin precaución, y me he resfriado.

Tenía las manos y los pies yertos, y calenturienta la frente. A la media hora, María y mi madre se hallaban ya en traje de casa. Se sirvió el almuerzo, pero ellas no asistieron al comedor. Al levantarme de la mesa, llegó Emma a decirme que mi padre me llamaba. La fiebre había tomado incremento. María estaba en pie y recos-

tada contra una de las columnas de la cama; Emma a su lado y mi madre a la cabecera.

—Apaguen alguna de esas luces—decía mi padre, a tiempo que yo entraba. Sólo una había en la mesa que le ocultaban las cortinas.

—Aquí está ya Efraín—le dijo mi madre.

Pareció no haber oído. Pasado un momento, dijo para sí:

—Esto no tiene sino un remedio. ¿Por qué no viene Efraín para despachar de una vez todo?

Bueno—continuó;—tráelas para firmarlas.

Mi madre apoyaba la frente sobre una de sus manos. María y Emma trataban de saber, mirándome, si existían realmente tales cartas.

—Así que usted esté más reposado, se despachará todo mejor.

—¡Qué hombre, qué hombre!—murmuró, y se quedó en seguida aletargado.

Llamóme mi madre al salón y me dijo:

—Me parece que debemos llamar al doctor, ¿qué dices?

—Creo que debe llamársele, porque aunque la fiebre pase, nada se pierde con hacer que venga, y si...

—No, no—interrumpió ella,—siempre que alguna enfermedad empieza así, es grave.

Luego que despaché un paje en busca del médico, volví al lado de mi padre, quien me llamaba otra vez.

—¿A qué hora volvieron?—me preguntó.

—Hace más de una hora.

—¿Dónde está tu madre?

—Voy a llamarla.

—Que no sepa nada.

—Sí, señor; esté usted tranquilo.

—¿Pusiste esa postdata a la carta?

—Sí, señor.

—¿Sacaste del armario aquella correspondencia y los recibos?

Le dominaba de seguro la idea de remediar la pérdida que había sufrido. Había oído mi ma-

dre este último diálogo, y como él pareciese quedarse dormido, me preguntó:

—¿Ha tenido tu padre algún disgusto en estos días? ¿Qué es lo que no quiere que yo sepa?

—Nada ha sucedido que deba serle ocultado y usted—la respondí, fingiendo la mayor naturalidad que me fué posible.

—Entonces, ¿qué significa este delirio? ¿quién es el hombre de quien parece quejarse? ¿De qué cartas habla tanto?

—No puedo adivinarlo, señora.

Ella no quedó satisfecha de mis contestaciones, pero yo no debía darle otras. A las cuatro de la tarde llegó el médico. La fiebre no había cesado y el enfermo continuaba delirando unos ratos, aletargado otros. Todos los remedios domésticos que para el supuesto resfriado se le aplicaban, habían sido hasta entonces ineficaces. Habiendo el doctor examinado y dispuesto que se preparase un baño de tina y lo necesario para ponerle unas ventosas, fué conmigo a mi cuarto. Mientras confeccionaba en él una bebida, traté de saber su opinión sobre la enfermedad.

—Es probablemente una fiebre cerebral—me dijo.

—¿Y ese dolor de que se queja en la región del hígado?

—No tiene que ver con lo otro, pero no es despreciable.

—¿Le parece a usted muy alarmante la dolencia?

—Así suelen empezar esas fiebres; pero si se atacan a tiempo, se logra muchas veces vencerlas. ¿Se ha fatigado mucho su padre en estos días?

—Sí, señor; estuvimos hasta ayer en las haciendas de abajo, y tuvo mucho que hacer.

—¿Ha tenido alguna contrariedad, algún disgusto serio?

—Creo que debo hablar a usted con la franqueza que exigen las circunstancias. Hace tres días recibí la noticia de que un negocio con cuyo

buen éxito necesitaba contar, se había desgraciado.

—¿Y le afectó mucho eso? Discúlpeme usted si le hablo de esta manera; creo indispensable hacerlo. Ocasiones tendrá usted durante sus estudios, y más frecuentemente en la práctica, para convencerse de que existen enfermedades que residiendo en el espíritu, se disfrazan con los síntomas de otras, o se complican con las más conocidas de la ciencia.

Puede usted estar casi seguro de que esa desgracia de que le he hablado ha sido la causa principal de la enfermedad. Es, sí, indispensable advertir a usted que mi madre ignora lo ocurrido, porque mi padre así lo ha querido para evitarle el pesar consiguiente.

—Está bien; ha hecho usted perfectamente en hablarme de ese modo; esté cierto de que yo sabré utilizar prudentemente el secreto. ¡Cuánto siento todo eso! Ahora iremos por camino más conocido. Vamos—agregó poniéndose en pie y tomando la copa en que había mezclado las drogas,—creo que esto le hará muy buen efecto.

Eran ya las dos de la mañana. La fiebre no había cedido un punto. El doctor, después de velar hasta esa hora, se retiró, suplicando lo llamásemos si se presentaba algún síntoma alarmante. La estancia, alumbrada escasamente, estaba en profundo silencio. Permanecía mi madre en una butaca cerca de la cabecera; por el movimiento de sus labios y por la dirección de sus miradas, fijas en un Ecce Homo, colgado sobre la puerta de entrada del salón al aposento, podía conocerse que oraba. Ya por las palabras que del delirio de mi padre había anudado, nada de lo ocurrido se le ocultaba. A los pies de la cama, arrodillada sobre un sofá y medio oculta por las cortinas, procuraba María volver el calor a los pies del enfermo, que se había quejado nuevamente de frío. Acerqueme a ella para decirle muy quedo:

—Retírate a descansar un rato.

—¿Por qué?—me respondió levantando la ca-

beza, cuya frente tenía apoyada en uno de los brazos; cabeza tan bella en el desalifio de la velada, como adornada lindamente en el paseo de la mañana anterior.

—Porque te va a sentar mal pasar la noche en vela.

—No lo creas. ¿Qué hora es?

—Van a dar las tres.

—Yo no estoy cansada; pronto amanecerá; duerme tú mientras tanto, y si fuere necesario, te haré llamar.

—¿Cómo están los pies?

—¡Ay! muy fríos.

—Deja que te reemplace ahí, y después me retiraré.

—Está bien—respondió levantándose con tiento para no hacer el menor ruido.

Me entregó el cepillo, sonriendo al enseñarme cómo debía tomarlo para frotar las plantas. Luego que estuve instalado, me dijo:

—No es sino por un momento, mientras voy a ver qué tiene Juan, y vuelvo.

El chiquito se había despertado y la llamaba, extrañando no verla cerca. Se oyó después la voz acallada de María, que decía ternezas a Juan, para lograr que no se levantara, y el rumor de los besos con que le acariciaba. No tardó el reloj en dar las tres. María tornó a reclamarme su puesto.

—¿Es tiempo de la bebida?—la pregunté.

—Creo que sí.

—Pregúntale a mi padre.

Llevando ésta la poción y yo la luz, nos acercamos al lecho. A nuestro llamamiento abrió mi padre los ojos, notablemente inyectados, y procuró hacerlos sombra con una mano, molestado por la luz. Se le instó para que tomase la bebida. Incorporóse, volviendo a quejarse de dolor en el costado derecho, y después de examinar con mirada incierta cuanto le rodeaba, dijo algunas palabras en las cuales se oyó «sed».

—Esto le calmará—observó mi madre, presentándole el vaso.

El se dejó caer sobre las almohadas, diciendo al llevar entrambas manos al cerebro:

—¡Aquí!

Logramos de nuevo que hiciera un esfuerzo para levantarse; pero inútilmente. El semblante de mi madre dejaba conocer lo que aquella postración le acobardaba. Sentándose María al borde de la cama y apoyada en las almohadas, dijo al enfermo, con su voz más cariñosa:

—Papá, procure levantarse para tomar esto, yo voy a ayudarle.

—Veamos, hija—contestó con voz débil.

Ella consiguió recostarlo en su pecho, mientras lo sostenía por la espalda con el brazo izquierdo. Las negras trenzas de María sombrearon aquella cabeza cana y venerable a que tan tiernamente ofrecía ella su seno por cojín. Una vez tomada la poción, mi madre me entregó el vaso y María volvió a colocar suavemente a mi padre sobre las almohadas.

—¡Ay! ¡Jesús! ¡cómo se ha postrado!—me dijo ésta en voz muy baja, luego que estuvimos cerca de la mesa donde colocaba la luz.

—Esa bebida es narcótica—le indiqué para tranquilizarla.

—Pero el delirio no es tan constante ya. ¿Qué te ha dicho el doctor?

—Que es necesario esperar un poco para emplear remedios más enérgicos.

—Vete a acostar, que con nosotras hay bastante; oye, son las tres y media. Yo despertaré a Emma para que me acompañe, y tú conseguirás que mamá descanse también un rato.

—Te has puesto pálida; esto va a hacerte muchísimo daño.

Estaba frente al espejo del tocador de mi madre y se vió en él pasándose las manos por las sienes para medio arreglarse los cabellos al responderme.

—No tanto; ya verás cómo nada se me nota.

—Si descansa un rato ahora, como puede ser, te haré llamar cuando sea de día.

Conseguí que las tres me dejaran solo, y me senté a la cabecera. El sueño del enfermo continuó intranquilo, y a veces se percibían palabras mal articuladas por el delirio. Durante una hora desfilaron por mi imaginación todos los cuadros horrorosos que vendrían en pos de una desgracia, en la cual no podía detenerme a pensar sin que se contrajera mi corazón penosamente. Empezaba a amanecer: algunas líneas luminosas entraban por las rendijas de las puertas y las ventanas; la luz de la lámpara fué haciéndose más pálida: se oían ya los cantos de los coclles y los de las aves domésticas. Entró el doctor.

—¿Le han llamado a usted?—le pregunté.

—No, es que necesito estar aquí ahora. ¿Cómo va continuado?

Le indiqué lo que había observado, y tomó el pulso, mirando al mismo tiempo su cronómetro.

—Absolutamente nada—dijo como para sí.—¿La bebida?—añadió.

—La ha tomado una vez más.

—Démosle otra toma; y para no incomodarle de nuevo, le pondremos ahora los cáusticos.

Hicimoslo todo, ayudados por Emma. El médico estaba visiblemente preocupado.

XXXVII

Después de tres días, la fiebre resistía aún todos los esfuerzos del médico para combatirla; los síntomas eran tan alarmantes, que ni a él mismo le era posible ocultar en ciertos momentos la angustia que le dominaba. Eran las doce de la noche. El doctor me llamó disimuladamente al salón, para decirme:

—Usted no desconoce el peligro en que se halla su padre; no me queda otra esperanza que la que tengo en los efectos de una sangría que voy

a darle, para lo cual está preparado convenientemente. Si eso y los medicamentos que ha tomado esta tarde, no producen, de aquí al amanecer, una excitación y un delirio crecientes, es difícil conseguir ya una crisis. Es tiempo de manifestar a usted—continuó después de una pausa,—que si al venir el día no se hubiese presentado, nada me resta por hacer. Por ahora haga usted que la señora se retire, porque, suceda o no lo que deseo, ella no debe estar en la habitación: es más de media noche, y ese es un buen pretexto para suplicarle que tome algún descanso. Si usted lo juzga conveniente, ruegue también a las señoritas que nos dejen solos.

Le observé que estaba seguro de que ellas se resistirían, y que, dado que se consiguiera, aquello podía alarmar más a mi madre.

—Veo que usted se hace cargo de lo que está pasando sin perder el valor que el caso requiere—me dijo, examinando escrupulosamente a la luz de la bujía inmediata, las lancetas de su estuche de bolsillo.

No había que desesperar todavía. Salimos del salón para ir a poner por obra lo que él estimaba como último recurso. Mi padre estaba dominado por el mismo sopor; durante el día y lo que había corrido de la noche, no le había interrumpido el delirio. Su inmovilidad tenía algo de lo que sucede al agotamiento de las últimas fuerzas; casi sordo a todo llamamiento, solamente los ojos, que abría con dificultad algunas veces, dejaban conocer que oía; y su respiración era anhelosa. Mi madre sollozaba sentada a la cabecera de la cama, apoyada la frente en los almohadones y teniendo entre las manos una de las de mi padre. Emma y María, ayudadas por Luisa, que aquella noche había venido a reemplazar a sus hijas, preparaban los útiles para el baño en que se iba a dar la sangría; Mayn pidió la luz; María la acercó a la cama; por el rostro le rodaban a su pesar algunas lágrimas, mientras el médico estuvo haciendo el examen que deseaba. A la hora, terminado

ya todo lo que el doctor estimaba como extremo recurso, nos dijo:

—Cuando el reloj dé las dos y media, debo estar aquí; pero si me vence el sueño, que me llamen.

Señalando en seguida al enfermo, añadió:

—Se le debe dejar en completa calma.

Y se retiró, después de haber dicho casi risueño alguna chanza a las muchachas sobre la necesidad que tienen los viejos de dormir a tiempo; jovialidad digna de agradecerse, puesto que no tenía más objeto que tranquilizarlas. Mi madre volvió a ver si lo que durante una hora se había estado haciendo, producía algún efecto consolador; pero logramos convencerla de que el doctor estaba lleno de esperanzas para el día siguiente; y, abrumada por el cansancio, se durmió en el departamento de Emma, donde quedó Luisa haciéndole compañía. Dió las dos el reloj: María y Emma, sabían ya que el doctor deseaba la manifestación de ciertos síntomas alarmantes, y espieron largo tiempo con anhelosa curiosidad el sueño de mi padre; pero el enfermo parecía más tranquilo, había pedido una vez agua, aunque con voz muy débil, bastante inteligible, lo cual les había hecho concebir esperanzas de que la sangría produjera buenos resultados. Emma, después de inútiles esfuerzos para evitarlo, se había dormido en la poltrona que estaba a la cabecera de la cama. María, reclinada al principio en uno de los brazos del pequeño sofá que ocupábamos, había dejado caer sobre éste, rendida al fin, la cabeza; su blanco rostro resaltaba sobre el damasco color de púrpura de los almohadones y habiéndosele desembozado el pañolón de seda que llevaba, negreaba rodado sobre el linón de la falda, que con los boleros ajados parecía, a favor de la sombra, formada de espumas. En medio del silencio que nos rodeaba, se percibía su respiración, suave como la de un niño que se hubiera dormido en nuestros brazos. Dieron las tres. Al ruido del reloj hizo María un ligero movimiento

como para incorporarse; pero fué otra vez más poderoso el sueño que su voluntad. Hundida la cintura en el ropaje que de ella descendía a la alfombra, quedaba visible un pie casi infantil, calzado con una chinela roja salpicada de lentejuelas. La contemplaba yo, poseído de una ternura inmensa, y mis ojos, vueltos algunas veces hacia el lecho de mi padre, tornaban a buscarla, porque mi alma estaba allí, acariciando aquella frente, escuchando los latidos de aquel corazón, esperando oír a cada instante alguna palabra que me revelase alguno de sus sueños, que sus labios parecía como si intentasen balbucirla. Un quejido doloroso del enfermo interrumpió aquel enajenamiento aliviador de mi espíritu; y la realidad reapareció tan espantosa como era. Acerquéme al lecho; mi padre, que se apoyaba en uno de sus brazos, me miró con tenaz fijeza, diciéndome:

—Acércame la ropa, que es muy tarde ya.

—Es de noche, señor—respondí.

—¿Cómo de noche? Quiero levantarme.

—Es imposible—le observé suavemente,—¿no ve usted que esto le causaría mucho daño?

Dejó caer otra vez la cabeza en los almohadones, y pronunciaba en voz baja palabras que no entendí, mientras movía las manos, pálidas y enflaquecidas, cual si estuviese haciendo una cuenta. Viéndole que buscaba algo a su lado, le presenté mi pañuelo.

—Gracias—me dijo, cual si hablase con un extraño.

Y después de enjugarse los labios con él, buscó sobre la colcha que le cubría un bolsillo para guardarlo. Volvió a quedarse dormido algunos momentos. Me había acercado a la mesa para saber la hora en que el delirio había empezado, cuando él, sentado en la cama y descorriendo las cortinas que le ocultaban la luz, dejó ver el rostro lívido y de asombrada mirada, diciéndome:

—¿Quién está ahí? ¡Hola! ¡hola!

Sobrecogido de cierto espanto invencible, a pesar de lo que prometía aquel delirio tan seme-

jante a la locura, procuré reducirle a que se recostara. Clavando en mí una mirada casi terrible, preguntó:

—¿No estuvo él aquí? En este momento se ha levantado de esa silla.

—¿Quién?

Pronunció el nombre que yo me temía. Pasado un cuarto de hora, incorporóse otra vez, diciéndome con voz más vigorosa ya:

—No le permitan que entre; que me espere. A ver, la ropa.

Le supliqué que no insistiera en levantarse, pero en tono imperativo replicó:

—¡Oh! ¡qué necesidad!... La ropa.

Se me ocurrió que María, que había ejercido sobre él, en momentos semejantes, tan poderosa influencia, podría ayudarme; mas no me resolví a separarme del lecho, temeroso de que mi padre se levantase. El estado de debilidad real en que se hallaba, le impedía permanecer mucho tiempo sentado; y volvió a reclinarse aparentemente tranquilo. Entonces me acerqué a María, y tomando la mano que le pendía sobre la falda, la llamé muy quedo. Ella, sin apartar la mano de la mía, se incorporó, sin abrir los ojos, mas luego que me vió, se apresuró a cubrirse los hombros con el pañolón, y, poniéndose en pie, me dijo:

—¿Qué se necesita? ¡Ah!

—Es—la respondí,—que el delirio ha empezado, y deseo que me acompañes, por si el acceso es muy fuerte.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Va para una hora.

Ella se acercó al lecho, casi contenta por la buena noticia que yo le daba, y alejándose de puntillas, vino a decirme:

—Pero está dormido otra vez.

—Ya verás que eso dura poco.

—¿Y por qué no me has despertado antes?

—Dormías tan profundamente, que me dió pena hacerlo.

—¿Y Emma también? Ella tiene la culpa de que me haya dormido yo.

Se acercó a Emma, y me dijo:

—Mira qué linda está. ¡Pobre! ¿La llamamos?

—Ya ves—le contesté,—que dá lástima despertar a quien duerme así.

Tocó el labio inferior de mi hermana, y cogiéndole después con ambas manos la cabeza, la acercó hasta que se tocaron sus frentes. Emma despertó casi asustada; pero sonriendo al punto, tomó en las suyas las manos con que María le acariciaba las sienas. Mi padre acababa de sentarse con más facilidad de la que hasta entonces había tenido. Permaneció unos momentos silencioso y como espiando los ángulos oscuros del aposento. Las muchachas le miraban aterradas.

—Voy allá—prorrumpió al fin.—Voy al instante.

Buscó algo sobre la cama, y dirigiéndose de nuevo a quien le esperaba, añadió:

—Perdone usted que le haga esperar un instante.

Y dirigiéndose a mí:

—Mi ropa... ¿qué es esto? la ropa.

María y Emma permanecían inmóviles.

—Es que no está aquí—le respondí,—han ido a traerla.

—¿Para qué se la han llevado?

—La habrán ido a cambiar por otra.

—¿Pero qué calma es esa?—dijo enjugándose el sudor de la frente.—¿Los caballos están listos?—continuó.

—Sí, señor.

—Vaya y diga a Efraín que le espero para que montemos antes de que se haga tarde. ¡Muévase hombre! Juan Ángel, café. No, no... esto es intolerable.

Y se acercaba al borde de la cama para saltar al suelo. María aproximóse a él, diciéndole:

—No, papá, no haga eso.

—¿Que no, qué?—la respondió con aspereza

—Que si se levanta, se impacientará el doctor, porque le perjudicará a usted.

—¿Qué doctor?

—Pues el médico que ha venido a verlo, porque está usted enfermo.

—Pero, si estoy bueno, ¿oyes? bueno; y quiero levantarme. ¿Ese niño, dónde está, que no parece?

—Es necesario que llame a Mayn—dije al oído a María.

—No, no—me contestó, deteniéndome con una mano y ocultando con el cuerpo aquel ademán a mi padre.

—Pero si es indispensable...

—Es que no debes dejarnos solas. Dile a Emma que vaya a despertar a Luisa para que le llame.

Lo hice así, y Emma salió. Mi padre insistía irritado ya, en levantarse. Hube de alcanzarle la ropa que pedía y me resolví a ayudarle a vestirse, cerrando antes las cortinas. Saltó de la cama inmediatamente que se creyó vestido: Estaba lívido, contraído el ceño; agitábase los labios un temblor constante, cual si estuviese poseído de ira, y sus ojos tenían un brillo siniestro al girar en las órbitas buscando por todas partes algo. El pie sangrado le impedía andar bien, a pesar de que había aceptado mi brazo para apoyarse. María, en pie, las manos cruzadas sobre la falda y dejando conocer en su rostro el afán y el dolor que la angustiaban, no se atrevía a dar un paso hacia nosotros.

—Abre esa puerta—dijo mi padre acercándose a la que conducía al oratorio.

Le obedecí. El oratorio estaba sin luz. María se apresuró a precedernos con una, y colocándola al pie de aquella bella imagen que tanto se le parecía, pronunció algunas palabras que no oí. Y sus ojos se fijaron, arrasados en lágrimas, en el rostro de la imagen. Mi padre se detuvo en el umbral. Su mirada se hizo menos tranquila, y se apoyó con más fuerza en mi brazo.

—¿Desea usted sentarse?—le pregunté.

—Sí... bueno... vamos—respondió con voz casi suave.

Le había vuelto a acomodar en la cama cuando entró el doctor; se le refirió lo que había pasado y se mostró contento después de pulsarle. A la media hora, acercándose Mayn otra vez a examinar el enfermo, que dormía profundamente, preparó una bebida, y entregándosela a María, la dijo:

—Usted va a darle esto, instándole para que lo tome con esa dulzurita que tenemos.

Ella tomó la copa con cierto temor, y nos acercamos a la cama, llevando yo la luz.

El doctor se ocultó a favor de las cortinas para observar al enfermo sin ser visto. María llamó a mi padre con su más suave acento. Luego que despertó, llevó la mano al costado, quejándose al mismo tiempo, y fijándose en María, que le instaba para que tomase la poción, la dijo:

—A cucharadas; no puedo levantarme.

Ella empezó a darle así la bebida.

—¿Está dulce?—le preguntó.

—Sí, basta con eso ya.

—¿Qué hora es?

—Va a amanecer.

—¿Y tu mamá?

—Descansando un rato. Tome unas cucharadas más de esto y dormirá muy bien después.

El significó con la cabeza que no. María buscó los ojos del médico para consultarle, y éste le hizo seña para que le diese más de la bebida. El enfermo se resistía, y ella le dijo, haciendo ademán de que probaba el contenido de la copa:

—Si es muy agradable... Otra cucharada, otra y no más.

Los labios se contrajeron, intentando sonreír, y recibieron el líquido.

María se los enjugó con su pañuelo, diciéndole con la misma ternura con que solía despedirse de Juan, después de dejarlo acostado:

—Bueno, pues; ahora a dormir mucho.

Y cerró las cortinas.

—Con una enfermera como usted—observó el doctor, a tiempo que ella colocaba la luz sobre la mesa,—no se moriría ninguno de mis enfermos...

—¿Es decir que ya?...—le interrumpió ella.

—Respondo de todo.

XXXVIII

Pasados diez días, mi padre estaba convaleciente y la alegría había vuelto a nuestra casa. Cuando una enfermedad nos ha hecho temer la pérdida de una persona amada, aquel temor aviva nuestros dulces afectos hacia ella; y hay en los cuidados que le prodigamos, alejado ya el peligro, una ternura capaz de desarmar a la muerte misma. Había recomendado el médico que se procurase al espíritu del enfermo la mayor tranquilidad posible. Se evitaba cuidadosamente hablarle de negocios. Luego que pudo levantarse, le instamos que eligiera un libro para leer algunos ratos, y escogió el diario de Napoleón en Santa Elena, lectura que siempre le conmovía hondamente.

Reunidos en el costurero de mi madre, nos turnábamos para leer Emma, María y yo; y si le notábamos alguna vez dominado por la tristeza, Emma tocaba la guitarra para distraerle. Otras veces solía hablarnos de los días de su niñez, de su padre y hermanos; o nos refería con entusiasmo los viajes que había hecho en su primera juventud. En ocasiones bromeaba con mi madre criticando las costumbres del Chocó por reír al oír la hacer la defensa de su tierra natal.

—¿Cuántos años tenía yo cuando nos casamos?

—le preguntó una vez después de haber hablado de los primeros días de su matrimonio y de un incendio que los dejó completamente arruinados, a los dos meses de casados.

—Veintiuno—respondió ella.

—No, hija; tenía veinte. Yo engañé a la señora (así llamaba a su suegra), temeroso de que me

creyera muy muchacho. Como las mujeres, cuando sus maridos empiezan a envejecer, no recuerdan bien los años que ellos tienen, fácil ha sido luego rectificar la cuenta.

—¿Veinte años no más?—preguntó Emma admirada.

—Ya lo oyes—respondió mi padre.

—¿Y usted cuántos, mamá?—preguntó María.

—Yo tenía dieciséis: un año más de los que tienes tú.

—Pero dile que te cuente—dijo mi padre,—la importancia que se daba conmigo desde que tuvo quince; que fué entonces cuando yo resolví casarme con ella y hacerme cristiano.

—A ver, mamá—dijo María.

—Pregúntale a él primero—respondió mi madre,—si le resolvió lo que él llama la importancia que para con él me daba.

Todos nos volvimos hacia mi padre, que dijo:

—A casarme.

Interrumpió la conversación la llegada de Juan Angel, que venía del pueblo trayendo la correspondencia. Entregó algunos periódicos y dos cartas, ambas firmadas por el señor A***, y una de ellas de fecha bastante atrasada. Luego que ví las firmas, se las pasó a mi padre.

—¡Ah! sí—dijo devolviéndomelas,—esperaba cartas de él.

La primera se reducía a anunciar que no podía emprender su viaje a Europa hasta pasados cuatro meses, lo cual avisaba para que no se precipitasen los preparativos del mío. No me atreví a dirigir una sola mirada a María, temeroso de provocar una emoción mayor de la que la dominaba; pero vino en mi ayuda la reflexión que hice instantáneamente de que si mi viaje no se frustraba, me quedaban aún más de tres meses de felicidad. María estaba pálida y pretextaba buscar algo en su cajita de costura, que tenía sobre las rodillas. Mi padre, completamente tranquilo, esperó que yo concluyese la lectura de la primera carta, para decir:

—¡Qué se vá a hacer! Veamos la otra. Leí los primeros renglones, y comprendiendo que iba a ser imposible disimular mi turbación, me acerqué a la ventana, como para ver mejor poder dar así la espalda a los que me oían. La carta decía literalmente esto, en su parte substancial:

«Hace quince días que escribí a usted, avisándole que me veía precisado a retardar por cuatro meses más mi viaje; pero habiéndose allanado cuando y como yo no lo esperaba, los inconvenientes que se me habían presentado, me apresuro a dirigirle esta carta, con objeto de anunciarle que el 30 del próximo enero estaré en Cali, donde espero encontrar a Efraín, para que nos pongamos en marcha hacia el puerto el 2 de febrero. Aunque tuve el pesar de saber que una grave enfermedad le había tenido a usted en cama, poco después recibí la agradable noticia de que ya estaba fuera de peligro. Doy a usted y a su familia la enhorabuena por el pronto restablecimiento de su salud. Espero, pues, que no habrá inconveniente alguno para que usted me proporcione el placer de llevar la amable compañía de Efraín, por quien, como usted sabe, he tenido siempre particular cariño. Sírvase mostrarle esta parte de mi carta.»

Quando volví a buscar mi asiento, encontré con las miradas de mi padre fijas en mí. María y mi hermana salían en aquel momento al salón, y ocupé la butaca que la primera acababa de dejar, por estar este asiento más a la sombra.

—¿Cuántos tenemos hoy?—preguntó mi padre.

—Veintiséis—le respondí.

—Nos queda solamente un mes; es necesario no dormirse.

Había en el acento con que pronunció aquellas palabras, y en su semblante, toda la tranquilidad que revela una resolución inmutable. Un paje entró a avisarme que estaba listo el caballo que una hora antes le había mandado preparar.

—Cuando vuelvas de tu paseo—díjome mi pa-

dre—confestaremos a esa carta, la cual llevarás tú mismo al pueblo, puesto que mañana debías de todos modos dar una vuelta a las haciendas.

—No me entretendré—dije saliendo.

Necesitaba disimular lo que sufría, llamar en la soledad aquella dulce esperanza que me había halagado para dejarme luego solo ante la realidad del temido viaje; necesitaba llorar a solas, para que María no viera mis lágrimas.

¡Ah! Si ella hubiese podido saber cuántas brotaban de mi corazón en aquel instante, tampoco habría esperado ya. Descendí a las anchas vegas del río, donde, acercándome a las llanuras, es menos impetuoso; formando majestuosas curvas, al principio por en medio de colinas pulcramente alfombradas, de las que ruedan a unírsele torrentes espumosos, sigue luego acariciando los follajes de los carboneros y guayabales de la orilla; desapareciendo después bajo las últimas cintas montañosas, donde parece decía en murmullos sus últimos adioses a la soledad, y al fin lejos, en la pampa azul, donde en aquel momento el sol, al esconderse, tornasolaba de púrpura y oro su mandoso.

Al regresar, ascendiendo por los fortuosos senderos de la ribera, la noche estaba engalanada ya con todos los esplendores del estío. Las espumas del río tenían una blancura brillante, y las ondas mecían los cañaverales, como diciendo secretos a las auras que venían a peinarles los plumajes. Los no sombreados remansos del río reflejaban en su fondo tembloroso las estrellas, y donde los ramajes de la selva de una y otra orilla se enlazaban formando pabellones misteriosos, el fondo sombrío reflejaba la luz fosfórica de las luciérnagas errantes. Sólo el zumbido de los insectos nocturnos turbaba aquel silencio de los bosques soñolientos; pero de tiempo en tiempo el bujío, guardián celoso de las espesuras, revoloteaba a mi alrededor, haciéndome oír un silbido siniestro. La casa, aunque iluminada ya, estaba silenciosa cuando entregué en la escalera mi caballo

a Juan Ángel. Me esperaba mi padre paseándose en el salón: la familia se hallaba reunida en el laboratorio.

—Has tardado—me dijo mi padre,—¿quieres que escribamos esas cartas?

—Quisiera que antes habláramos sobre mi viaje.

—A ver—contestó, sentándose en un sofá.

Yo permanecí en pie cerca de una mesa, y dando la espalda a la bujía que nos alumbraba.

—Después de la desgracia ocurrida—le dije,—después de esa pérdida, cuyo valor puedo evaluar, estimo indispensable manifestar a usted que no le creo obligado a hacer el sacrificio que le exige el complementar mi educación. Antes de que los intereses de la casa sufrieran este desfaldo, indiqué a usted que me sería muy satisfactorio en adelante ayudarle en sus trabajos, y a su negativa de entonces nada pude replicar. Hoy las circunstancias son muy distintas; todo me hace esperar que usted aceptará mi ofrecimiento; y yo renuncio gustoso al bien que usted quiere hacerme enviándome a concluir mi carrera, porque es un deber mío relevar a usted de esa especie de compromiso que para conmigo tiene contraído.

—Aunque eso—me respondió,—está hasta cierto punto juiciosamente pensado, aunque haya motivos para que hoy más que antes te sea temible ese viaje, no puedo dejar de conocer, a pesar de todo, que te dominan, al hablar así, nobles sentimientos. Pero debo advertirte que mi resolución es irrevocable. Los gastos que el resto de tu educación me cause, en nada empeorarán mi situación, y una vez concluida tu carrera, la familia cosechará abundante fruto de la semilla que voy a sembrar. Por lo demás—añadió después de una corta pausa, durante la cual volvió a pasearse por el salón,—creo que tienes el noble orgullo necesario para no pretender cortar lastimosamente lo que tan bien has empezado.

—Haré cuanto esté a mi alcance—le contesté completamente desesperanzado ya,—haré cuanto

pueda para corresponder a lo que usted espera de mí.

—Así debe ser. Vete tranquilo. Estoy seguro de que a tu regreso yo habré conseguido llevar a cabo con fortuna los proyectos que tengo para pagar lo que debo. Tu posición será, pues, muy buena dentro de cuatro años, y María será entonces tu esposa.

Permaneció silencioso otra vez por algunos momentos, y deteniéndose al fin delante de mí, dijo:

—Vamos, pues, a escribir; tráeme aquí lo necesario, no sea que me sienta mal salir al escritorio.

Había acabado de dictarme una carta para el señor A***, y quiso que mi madre la oyera leer. Esto era en el fondo lo que leí, a tiempo que María entró trayendo el servicio de té para mi padre, ayudada por Estéfana:

«Efraín estará listo para marcharse a Cali el 30 de enero; lo encontrará usted allí, y podrán seguir para la Buenaventura el 2 de febrero, como usted lo desea».

Seguían las fórmulas de estilo. María, a quien daba yo la espalda, puso sobre la mesa y al alcance de mi padre, el plato y la taza que llevaba. Quedó, al hacerlo, iluminada de lleno por la luz de la mesa; estaba casi lívida; al recibir la tetera que le presentaba Estéfana, se apoyó con la mano izquierda en el respaldo de la silla que yo ocupaba, y tuvo que sentarse en el sofá inmediato mientras mi padre se servía el azúcar. Él le presentó la taza y ella se puso en pie para llenarla; pero le temblaba la mano de tal manera, que viendo mi padre que el té se derramaba, miró a María, diciéndola:

—Basta... basta, hija.

No se le ocultaba a él la causa de aquella turbación. Siguiendo a María con la mirada mientras ella se dirigía apresuradamente al comedor, y fijándola después en mi madre, le hizo esta pregunta, que sus labios no tenían necesidad de pronunciar

—¿Ves esto?

Todos quedamos en silencio; y a poco salí yo con pretexto de llevar al escritorio los útiles que había traído.

XXXIX

A las ocho sonó la campanilla para ir al comedor; pero no me consideré con la serenidad necesaria para estar cerca de María después de lo ocurrido. Mi madre llamó a la puerta de mi cuarto.

—¿Es posible—me dijo cuando hubo entrado,—que te dejes dominar así por ese pesar? ¿No podrías, pues, hacerte fuerte como otras veces? Así ha de ser, no sólo porque tu padre se disgustará, sino porque eres el llamado a darle ánimo a María.

En su voz había, al hablarme así, un dulce acento de reconvención hermanado con el más musical de la ternura. Continuó haciéndome la relación de todas las ventajas que iba a reportarme aquel viaje, sin ocultarme los dolores por los cuales tendría que pasar, y terminó diciendo:

—Yo, en estos cuatro años que no estarás a mi lado, veré en María, no solamente una hija querida, sino a una mujer destinada a hacerte feliz y que tanto ha sabido merecer el amor que la tienes; le hablaré constantemente de tí y procuraré hacerle esperar tu regreso como premio de tu obediencia y de la suya.

Levanté entonces la cabeza, que sostenía con mis manos sobre la mesa, y nuestros ojos, arrastrados de lágrimas, se buscaron y se prometieron que los labios no sabían decir.

—Vé, pues, al comedor—me dijo antes de salir,—y disimula cuanto te sea posible. Tu padre y yo hemos estado hablando mucho respecto de tí y es muy posible que se resuelva hacer lo que puede servirte ya de mayor consuelo.

Solamente Emma y María estaban en el comedor. Siempre que mi padre dejaba de asistir a